

Tejeda, José Luis

Biopoder en los cuerpos

Educación Física y Ciencia

2012, vol. 14 , p. 13-25

CITA SUGERIDA:

Tejeda, J. L. (2012). Biopoder en los cuerpos. Educación Física y Ciencia, 14, 13-25. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5663/pr.5663.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Biopoder en los cuerpos

Biopower in the bodies.

José Luis Tejeda

Universidad Autónoma Metropolitana (Mèjico)
gorgias10@hotmail.com

Resumen

En las últimas fechas, los estudios de biopolítica y biopoder se han elevado significativamente. Es un asunto antiguo, presente en la filosofía griega y en su realidad. Es la vieja discusión de la relación y la intromisión de la política en la vida y la superación del Estado de naturaleza. La actualidad de la biopolítica se refleja en las dimensiones que adquiere la tecnología y en el asedio de los poderes globales contra la democracia. El cuerpo humano, entidad visible y externa, resiente toda clase de intervenciones y sujeciones encaminadas a la individualización y al establecimiento de una realidad totalitaria. La Biopolítica y la Tanatopolítica se entrelazan al administrar la vida y la muerte en una realidad escalofriante donde la técnica introduce el artificio más allá de lo natural. El cuerpo humano como zona fronteriza de lo natural y lo artificial expresa los alcances del post-humanismo. Una cultura física más equilibrada ayudaría a contener la deshumanización tan extendida, que reduce y degrada lo corporal a la vez, mientras los poderes someten, discriminan, intervienen a través de cuerpos cada vez más dóciles.

Palabras clave: Biopolítica, biopoder, Tanatopolítica, cuerpo, artificio

Abstract

Lately, the studies of biopolitics and biopower have risen significantly. It is an old issue, which is present in Greek philosophy and in its reality. It is the old argument of the relationship and the intrusion of politics in the life and the overcoming of the state of nature. The reality of biopolitics is reflected in the dimension that technology acquires and in the siege of the global powers against

democracy. The human body as an external and visible entity resists all kinds of interventions and fastenings aimed at the individualization and establishment of a totalitarian reality. Tanatopolitics and Biopolitics are interlaced to manage life and death in a chilling reality where technique introduces the artifice beyond the natural. The human body as a borderline area between the natural and the artificial expresses the scopes of post-humanism. A more balanced physical culture could help to curb the widespread dehumanization, which reduces and degrades the body at the same time, while the powers submit, discriminate, and intervene in the more and more docile bodies.

Keywords: Biopolitics, biopower, tanatopolitics, body, artifice

1.- Biopolítica, biopoder. Lo viejo y lo nuevo.

En los orígenes mismos de Occidente, ya hay un interés mayúsculo por la cultura física, el atletismo y la competencia, la gimnasia y el deporte. En las ciudades griegas se suceden los juegos deportivos en que se premia toda clase de habilidades y fortalezas físicas y corporales. De esa variedad de justas deportivas, nos llega la herencia de los Juegos Olímpicos, punto de concentración mundial de la esfera de la competencia y de la superación permanente de metas y récords en los que se premia y se consagra la disciplina, el rigor, el coraje, la constancia y el desarrollo de las habilidades de los atletas y contendientes (Bengtson, 1986). En ellos se reflejan los logros y las victorias, los fracasos y las derrotas de los individuos y las colectividades. Desde Olimpia hasta Maratón, las ciudades y pueblos griegos le otorgan un rol fundamental al ejercicio de la cultura física. Al lado de los templos o de los teatros y en las partes altas de los santuarios, es frecuente encontrar el gimnasio y el estadio, construcciones que rinden culto y enaltecen la vitalidad física.

Dentro de las ciudades-Estado griegas, cabe destacar a Esparta, una sociedad aristocrática y militarista, integrada por ciudadanos-soldados, llamados comúnmente hoplitas. Al espartano hoplita se le forma para la ciudadanía y a la vez se le convierte en guerrero, se le adiestra y capacita para las actividades militares (Bengtson, 1986). A los espartanos se les conoce históricamente por la epopeya de “los 300”, quienes liderados por Leónidas defienden el desfiladero de Termópilas del acoso de los persas durante las guerras médicas. 300 hombres altamente capacitados en el arte de la guerra, resisten hasta el final, complicando el ataque de una fuerza militar superior. La capacitación física y militar de los espartanos era un asunto de vida y muerte, pues en la guerra podían sucumbir. El morir peleando era una cuestión de honor. Una sociedad jerarquizada física y militarmente, seleccionaba a los mejores hombres, por su fuerza y sus habilidades guerreras. El contraste con la ciudad-Estado ateniense no podría ser más singular. En Atenas, nace la democracia y entre ciudadanos libres prima la igualdad. En

Esparta, con la selección aristocrática, natural o social, vencen los más fuertes. Y el control militar es mayúsculo. No por nada se ubica a los espartanos como una de las primeras expresiones del poder totalitario.

Desde tiempos inmemoriales, en Oriente y en Occidente, la guerra y la paz, la vida y la muerte van regularmente de la mano. A la par de las guerras de conquista, una porción sustancial de los habitantes del planeta es negada o desprovista de cualquier indicio o vestigio de humanidad. Los esclavos sobrellevan una existencia miserable que les acerca más a la muerte que a la vida misma. Junto con la guerra de conquista, el esclavismo se apoya en la protección, la adquisición y la dependencia personal ante el señor (Ciccoti, 2005). Los monarcas, sátrapas y soberanos deciden y resuelven sobre quien vive y quien debe morir y el tipo de existencia que se lleva. Las interferencias del poder soberano sobre la vida de subalternos y súbditos es bastante regular. Aristóteles, en una de sus reflexiones más citadas realiza una diferencia entre el *zoe*, estado natural de los seres humanos y el *bíos* que es una existencia con “algo más” que la pura supervivencia, un añadido en materia de calidad y de orden social, que torna distinta a la condición humana de la mera vida vegetativa o bestial (Agamben, 1998; Aristóteles, 1980). Los intentos por reducir a lo más básico, indispensable y necesario la existencia humana, son antiguos y primarios. Es tan común y remoto el hecho de que la vida se entrelaza con la muerte, dada la fragilidad de la existencia y el amago del poder soberano destructor, que cuando se vuelve a lo mismo, no se encuentra novedad alguna. La producción de un cuerpo biopolítico es la aportación del poder soberano en la modernidad, aunque más bien sale a flote nuevamente algo que estuvo siempre presente (Agamben, 1998).

A últimas fechas, los tratamientos de la biopolítica están a la orden del día. Un autor como Espósito no elude el hecho de que es en la Alemania de las primeras décadas del Siglo XX, donde se recuperan discusiones inspiradas en el organicismo, el biologismo y el naturalismo para enfrentar la situación social y política de una nación que sufre el asalto de las ideologías totalitarias y la destrucción de la democracia de Weimar (2006). El nudo central de la biopolítica es la intromisión de la política en los asuntos de la vida, en la reinserción del *zoe* y de lo natural, dentro de la política y el *bíos* que se supondría lo superarían. Los orígenes fascistas, militaristas y antidemocráticos no admiten duda acerca de lo que la biopolítica reincorpora en términos contemporáneos. La Alemania nazi simboliza el ataque más directo a los valores de la modernidad política. Es la réplica histórica a las revoluciones sociales y políticas, a la lucha de clases y a las resistencias populares de los siglos precedentes. Los primeros autores de la biopolítica, no ocultan sus preocupaciones principales, tales como la limpieza y la depuración de la sociedad. En un organismo y cuerpo social que se pretende saludable y funcional, se evitan y destruyen los agentes patógenos y extraños

que alteran el orden público. El énfasis puesto sobre el control y el manejo de los habitantes es sin ninguna duda totalitaria. La libertad, la democracia o la igualdad son perjudiciales y salen sobrando, para devolvernos de golpe a un mundo de preservación de jerarquías, privilegios y desigualdades. El todo exige orden, disciplina, coherencia, funcionalidad. La parte debe ajustarse con el todo, marchar a la par, como si se tratara de un gran cuerpo social, político y militar.

Hay elaboraciones humanistas de lo biopolítico (Esposito, 2006). En la intromisión de la política en la vida, en el interés del poder por intervenir las existencias vitales, nos topamos con sus modalidades “benéficas”. Ya sea en la seguridad, en la higiene y en la sanidad, en la educación y en el adiestramiento, el poder se inmiscuye en el tipo de vida que la gente lleva, en los años que vive, en el cómo, el cuándo y el dónde. En términos biológicos y organicistas, la buena salud de uno de los órganos es crucial para que trabaje el conjunto. Hay un interés por el cuerpo general, por sus partes y sus órganos. Aún así, lo biopolítico está asociado a un biologismo crudo y descarnado, del mundo del Estado de naturaleza en que prevalecen los más aptos, los más fuertes y los que se adaptan mejor a las circunstancias cambiantes del entorno. Es con Foucault, autor de claras reverberaciones nietzscheanas, quien analiza el poder en los desbordes, en la facticidad, lo que está más allá de los institutos formales del ejercicio del poder moderno, con quien reaparece el estudio de la biopolítica. Los estudios foucaultianos le dan un respiro enorme, al ser ubicada como ese entrelazamiento creciente de los asuntos del poder y la política con la existencia natural, con la población (Foucault, 1987). Aquella antigua diferenciación aristotélica de naturaleza y política se deshace y así en su crudeza vuelve por sus fueros la reunificación, en clave posmoderna (Marramao, 1993). La biopolítica se centra en el interés renovado de los Estados por la demografía, por el control natal, por la distribución de las poblaciones, por el control y la vigilancia y un largo etcétera, que amenaza con vaciar el concepto y sus utilidades más recientes.

En realidad, la biopolítica irrumpe con fuerza, en un doble movimiento histórico y conceptual. En una línea se enfila a la política que administra la vida, que se interesa por la misma, que la encuadra, la organiza, la regula y la procesa. La otra vertiente es más tanatológica y castrante (Esposito, 2006). Atiende el control, la manipulación, la intimidación de los pobladores y de la ciudadanía. En el primer sentido, se aspira a la individualización, a la realización de la persona y al desarrollo de los seres humanos. En su parte oscura, se les teme y se les intimida, se les inhibe y se les reprime. Las tecnologías del yo, coexisten y cohabitan con los métodos y prácticas del totalitarismo (Agamben, 1998). La conexión de la política con la vida adquiere esa doble dimensión, la primera derivada de la vida del sujeto y del individuo hasta convertirse en materia de orden público. La otra se manifiesta por las estructuras del poder totalitario que

lo abarcan todo. La amplia gama de la biopolítica incluye desde las tecnologías de la interiorización y se complementa con la extensión y generalización de las zonas de vigilancia y los campos de concentración. La primera nos resulta más común y se confunde con la sociedad narcisista y posmoderna (Lipovetsky). La otra se asemeja a los totalitarismos, de los que nunca estuvo inmune la realidad occidental. La promoción y el auspicio del individuo se entrelaza con los afanes más desmedidos y desproporcionados por mantenerle a raya.

La diferencia entre biopolítica y biopoder se antoja más bien sutil. La biopolítica es entendida como esa disciplina en que se analizan los mecanismos por los que la política y el poder administran la vida. El biopoder se refiere más específicamente a la intervención ya lograda del poder sobre la vida individual y sobre los cuerpos. La vida sometida al mando de la política (Esposito, 2006). Esa intervención materializada se realiza a través de las técnicas. Algo que resulta novedoso en relación con el pasado antiguo y medieval, es la alta relevancia que adquiere la tecnología como instrumento de intervención del poder soberano sobre la vida y los cuerpos. La incorporación de lo tecnológico no admite dudas ni titubeos, es la técnica materializada lo que garantiza una intromisión efectiva de la política y del poder sobre la vida, los individuos y los cuerpos. Si en el pasado la relación de poder era más cruda y descarnada, la mediación tecnológica la torna más sutil, aunque cargada de potencialidad y con altos índices de efectividad. En Foucault, la técnica es un tipo de intervención que consiste en aplicar a la economía y la sociedad un tipo de racionalidad adjudicable a las ciencias de lo natural (2004). La técnica completa la terna con la política y la vida, dándole otra dimensión y proyección a la biopolítica (Esposito, 2006). Los controles de natalidad son muy eficaces en cuanto se acompañan de campañas de esterilización y dependen del uso de preservativos y anticonceptivos. Las técnicas del control y de la vigilancia de los individuos resultan omnipresentes por la extensión y generalización de las videocámaras, los *microchips* y el rastreo de datos digitales. La política se inmiscuye en la intimidad y penetra cuerpos y mentalidades, del mismo modo en que la sociedad individualista reclama ser “uno mismo”, mientras se repiten estándares y estereotipos de vida, como si fuesen elecciones autónomas e independientes.

2.- Cuerpos fragmentados, intervenidos, artificiales.

Casi nada queda de aquella referencia del cuerpo como recipiente, como vasija del alma y del espíritu. En el dualismo filosófico, antropológico y ontológico de la materia y el espíritu, del cuerpo y del alma, la parte física llevaba las de perder. Lo sublime y lo superior, se encontraba en la razón, en el espíritu y en el alma, entidades más bien intangibles y subjetivas. Y sin embargo, el cuerpo era valioso porque era el depositario, el recipiente en el que reposaba

algo relevante. Así fuera bajo una condición auxiliar y subordinada, el cuerpo adquiere importancia porque a través de él, vemos, oímos, olemos, tocamos, sentimos y vivimos. Y se establecen significaciones precisas del mundo que nos rodea (Le Breton, 2002). Existimos por medio del cuerpo, aunque superando todo dualismo, no falta quien sostiene que somos un cuerpo (Nancy, 2003). Más tangible, material, objetivo y pulsional que los evanescentes subjetivismos, está atravesado por los deseos, las pasiones, el dolor y el goce, la enfermedad y la salud así como por la cercanía de la muerte. En el medievalismo se le cubría por completo y en el tratamiento médico de los males corporales se suponía se enfrentaba con demonios posesionados del enfermo. El uso de la tortura llegaba a niveles insoportables, pues estaba en juego la lucha del bien contra el mal, de Dios contra lo diabólico. El cuerpo como exposición y superficie del ser, estaba al alcance del mal y más cerca del infierno, que lo racional o lo espiritual que se elevaba por las alturas. En la imagen gráfica de la carne y el cuerpo como fuentes de la tentación, son territorios del placer y de lo mundano, de la perdición y de las enfermedades malignas. Popper realiza un abordaje de la compleja relación mente-cuerpo más equilibrada. Vivimos en cuerpos físicos y nosotros mismos estamos en un cuerpo. Cuando nos comunicamos nos dirigimos a lo mental, a lo no corporal (Popper, 1997). La mente como quiera es una parte del cuerpo muy evolucionada.

El primer razonamiento biopolítico del cuerpo es que es el campo natural por excelencia. Sin el cuerpo o en mal estado no podríamos realizar nada y la salud corporal se eleva a condición básica de la existencia. Las medidas más elementales de la biopolítica positiva se dirigen a la atención de las necesidades básicas de los habitantes de una nación, tales como el control demográfico y de la natalidad, la atención médica y sanitaria. Se busca que los nacimientos operen con racionalidad y bajo planificación familiar. Los recién nacidos y los niños crecerían bajo el cuidado y la supervisión médica. Más allá del rol que asumen las familias en cuanto al cuidado de los infantes, el poder se inmiscuye y garantiza las condiciones elementales de vida de las nuevas generaciones. Los programas de vacunación universal, las medidas de profilaxis e higiene y la educación obligatoria y gratuita cierran la pinza en cuanto a la biopolítica básica y se adentran en lo biosocial. Las explicaciones mágico-religiosas son echadas a un lado y sustituidas por argumentos racionales que dan cuenta de las enfermedades y de los demonios, organizan y administran las pasiones y las pulsiones sexuales, planifican y garantizan nacimientos y crecimientos, regulan comportamientos corporales, moldean la salud pública, los estereotipos y los arquetipos del bienestar personal.

Los cuerpos están cargados de heterogeneidad y diferencia. Los órganos del cuerpo no alcanzan la misma relevancia e importancia. Somos sobre todo lo que vemos (Vásquez, 2008). Una sociedad forjada sobre la imagen física y corporal

tiende a descuidar o subestima otros sentidos corporales u otros órganos del ser humano. Cuando olemos, oímos o tocamos le adjudicamos menor valor que cuando vemos. A través de la imagen y por la misma es que importa tanto lo físico. De ahí la relevancia que adquiere la belleza del cuerpo joven o atlético. La estética corporal sustituye otras potencialidades corporales y de los órganos. Ya de por sí, el culto por lo físico, por las destrezas y habilidades deportivas supera en términos monetarios o comerciales cualquier proeza intelectual o cultural. Si en el viejo dualismo filosófico, lo espiritual era superior, ahora se exaltan los cuerpos esculpidos y moldeados, que implican horas de ejercicio o de disciplina gimnástica. El descuido o el abandono de otros órganos o propiedades corporales es aún mayor. El cuidado de los órganos adquiere un sentido instrumental y sólo cuando padecemos alguna enfermedad nos acordamos de que son parte de nuestro cuerpo. Adquieren centralidad en cambio, aquellos órganos y partes del cuerpo asociados directamente a la atracción física, a la vitalidad sexual y a la buena imagen externa. Nos estamos convirtiendo en aquello que vemos, que imitamos y copiamos, que asimilamos y nos transforma. La sociedad del espectáculo, con su alta exposición mercantilista, se apropia de los cuerpos humanos, los moldea y los acomoda a sus intereses. El cuerpo humano se vuelve importante, en cuanto es instrumento de venta y de enganche, de seducción y de distracción. El cuerpo joven y bello es quien cumple eso a cabalidad. Resultan discutibles los criterios universalistas con los que se imponen las estéticas universales. Lo evidente es que estamos ante una inclusión de lo corporal, una reivindicación de lo antes demoníaco, en aras de cubrir y negar las otras corporalidades, del que no cubre los estándares exigidos, del cuerpo grotesco, el de los viejos, el de los enfermos, el de los abandonados y malditos. A través de “técnicas corporales” se cumplen normas y expectativas que se le exigen a la apariencia física, para cubrir convencionalismos sociales y ser bien aceptado públicamente. Lo que pone en duda que se trate de elecciones individuales (Entwistle, 2002).

Es común asociar al cuerpo con lo físico y lo natural. El sentido de la vista no sólo es el más valorado; nos conocemos y reconocemos a través de él. Lo físico, lo tangible, lo visible no admite dudas. Nos llega a dar una imagen equívoca de la realidad. Lo intangible o lo invisible llega a ser aún más importante que la apariencia exterior. La anatomía cede ante la fisiología, las semejanzas y las disparidades externas dan su lugar al funcionamiento de los organismos, como elemento explicativo y clasificatorio. Aún así, lo corporal se ha confundido con lo natural por excelencia. Y el cuerpo como algo completo y funcional. Ya no es el caso. Los cuerpos se fragmentan, se desmenuzan en cada una de sus partes. Los órganos adquieren autonomía y exigen atención específica. Sigue siendo válido aquello de que el buen funcionamiento de un órgano ayuda a la salud del cuerpo completo. Sólo que ahora, los órganos de los cuerpos se aíslan, se fragmentan,

se tratan por separado. El cuerpo se queda sin órganos (Deleuze, 1985). El capitalismo tritura los cuerpos, los hace dóciles. Les fractura y debe enfrentarles. Los discapacitados nos enseñan que se puede prescindir de una parte o un órgano no vital del cuerpo humano. Y salen adelante. Reclaman derechos igualitarios con aquellos que siguen “enteros y completos”. Cuerpos fragmentados, quebrados, mutilados exigen su derecho a existir, bajo condiciones de equidad con los otros. El caso del corredor olímpico sudafricano Oscar Pistorius, quien vence su adversidad y su discapacidad, sustituye artificialmente sus partes corporales faltantes y se lanza a la pista en busca de un sitio en el pódium y en la historia, revela la magnitud de la fragmentación corporal. A contrapelo de la discriminación y la eugenesia, los cuerpos fragmentados, se niegan a ser ocultados, discriminados o vetados. La corporalidad se fragmenta y se quiebra en el despliegue de la potencialidad y la variedad de los órganos. Cada órgano y cada parte reclaman su lugar y su espacio en la pulverización de lo que en otro tiempo se le llamó el cuerpo natural y entero.

El biopoder se eleva soberano y pletórico sobre cuerpos fragmentados y sobre todo intervenidos. Eso que identificamos como nuestro cuerpo, está expuesto a la intrusión de los poderes, sean globales o nacionales. Los sistemas de vacunación y la salubridad pública han sido apenas el inicio. La alimentación es cada vez menos natural y el rol de los transgénicos es creciente. Y sustancias vitales como el agua y el oxígeno nos llegan con valores agregados y con gases contaminantes. La capitalización se extiende a todo el orbe, a los campos y los mares, a las montañas y los glaciares, a los desiertos y las selvas. Por doquier, la naturaleza es intervenida y con eso, se tocan los cuerpos que la habitan, la disfrutan, la gozan y la consumen. Esa pretendida subjetividad, que está detrás de nuestras elecciones más íntimas y personales, espirituales y corporales está cada vez más mediada, intervenida, por la intrusión de un poder que pretende abarcarlo todo. Esa es la conexión intrínseca que esconde el doble movimiento de la biopolítica y de la acción del biopoder sobre las personas, al individualizar y ser sumamente totalizante. Seducen y engañan a la gente para que compre, consuma y coma alimentos “chatarra” que son innecesarios, dañinos y perjudiciales para la salud personal. Se imponen estereotipos delgados, para empujar a la dieta y al ejercicio, avivando el *stress* y el malestar del individuo con su propia corporalidad ya de por sí intervenida. Una intrusión lleva a la otra. Se convierte en un círculo vicioso del que resulta imposible abstraerse, bajo el riesgo de alejarse del mundo y “dejar de vivir” como nos lo manda el mundo imperante.

A través de los cuerpos se exploran las fronteras de lo natural con lo artificial. La fragmentación y la intervención de lo corporal a través de la técnica, destruye y acaba con la naturalidad y se adentra en territorios fronterizos donde todo resulta posible. El Estado mismo ya era considerado un “hombre artificial” (Hobbes,

1980). El biopoder ahora alimenta la vida y administra la muerte. El biopoder interviene y extiende la vida. Elude y nos familiariza con la muerte. Los bebés de probeta y la ingeniería genética incorporan el artificio desde el nacimiento. Los implantes, las prótesis y los trasplantes de órganos amplían inusitadamente las posibilidades de vivir, más allá de los dictados de la naturaleza. Existir a partir de la técnica y los artificios, de la prolongación virtual de la vida, es una obsesión para engañar a la muerte. La estética individualista y narcisista se aprovecha y explota las condiciones que brinda la tecnología para modelar, moldear y esculpir cuerpos hermosos, bellos, perfectos. Los discapacitados y los minusválidos aprenden a sobrevivir con órganos artificiales e implantados que se incorporan en su ser. La otredad del artificio es una extensión y una prolongación del cuerpo, hasta confundirse con el ser individual. La robotización y el poshumanismo se complementan en este juego de artificios que inicia y acaba en lo corporal. El alma o el espíritu palidecen ante cuerpos implantados, exaltados, prolongados, dotados de una vitalidad ampliada. La existencia humana depende de ellos, de una artificialidad poshumana y altamente tecnificada. La vida parece reírse de la muerte y alejarse al máximo y como quiera Tanatos ensombrece con su presencia una “alegría” por vivir que es ilusoria. El biopoder administra la muerte a la manera más antigua, cual poder opresivo y mafioso, totalitario a secas.

3.- El bios y la tanatopolítica. Educación y cultura física.

Si regresamos a los tiempos clásicos y antiguos de Grecia, nos percatamos de que en los espartanos la educación y formación militar se confunde con la cultura física. En los atenienses por ejemplo, se le da a la cultura física una importancia más equilibrada. Así como hablamos de biopolítica, como el interés y la intromisión que la política realiza sobre la vida, también se sugiere la expresión de tanatopolítica, como esa vinculación no menos clara y crucial de la política con la muerte. Y el ejercicio de la guerra es la más evidente de la prácticas tanatológicas. Ejercitar, formar y desarrollar una cultura física para matar y morir, es algo abiertamente tanatopolítico. La biopolítica dice interesarse por educar y formar físicamente para la vida, aunque la interconexión que desarrolla con la tanatopolítica es recurrente y persistente. En la Alemania nazi se desarrolla más ampliamente la conexión entre biopolítica y tanatopolítica, inserta en los Estados modernos (Cavalletti, 2010). El simple hecho de que el poder intervenga en la vida y en la muerte, en el limbo existencial de los seres humanos, nos instala en una ajenidad, ante un extrañamiento, que inhibe y anula los impulsos vitales del individuo y de la persona. Eso sin contar con la obediencia de la servidumbre voluntaria, apoyada en la costumbre, presente en las tiranías (La Boëtie, 2007). La contraposición entre el Eros y el Tanatos y entre el Bios y la Muerte, no encuentra una salida favorable bajo un tratamiento biopolítico, que avala, justifica

y ampara intervenciones cruciales en la vida de los seres humanos, lindando en las fronteras del vivir y el morir (Marcuse, 1986). El “vivir” limitadamente, a medias o al nivel de la subsistencia natural, nos corta el ciclo vital, nos “mata” en vida, nos hace “zombies”.

El cuartel como escenario de la guerra y de la tanatología se emparenta con el campo de concentración, como sitio predilecto de la biopolítica totalitaria (Agamben, 1998). El militarismo se apoya en un espíritu de cuerpo, en la uniformidad de sus partes, en su anulación al ritmo de los tambores de guerra. Bajo la mirada precavida de quien busca al amigo o al enemigo, la guerra y la violencia están a la vuelta de la esquina. La paz es apenas una extensión y prolongación de las relaciones bélicas a otros medios. Al guerrero se le capacita y prepara para el combate y la guerra. Más allá de la representación y la competencia, eventualmente estallaría la guerra. Se vive al pie del conflicto y de la violencia latente. El arte y las habilidades físicas y corporales están más al alcance de una estrategia defensiva, de seguridad personal y pública y de una preparación para la guerra. La Biopolítica no bélica y poshumanista, forma y moldea cuerpos para la estética personal, para el goce sensual, para el exhibicionismo y el voyeurismo, para la pasarela incesante de la sociedad del espectáculo (Debord, 1995). En apariencia nada que ver con los espartanos, los nazismos y los fascismos militaristas. En la biopolítica los cuerpos son segregados y separados. Así como existe la inmunización, que huele más a impunidad que a otra cosa, también tenemos los cuerpos inservibles, los prescindibles, las ciudadanías de segunda y tercera, cuando no la franca marginación y discriminación. La biopolítica individualista y narcisista que en apariencia nulifica y neutraliza los totalitarismos que le acompañan, es más un teatro de simulaciones y representaciones en que los “integrados” y los que cumplen los requisitos del estereotipo y del *estándar* social, se dejan tocar y manosear por un poder que les interviene, les protege y les cuida, como las clientelas y públicos cautivos y expectantes que son.

Nada de eso se da en la corporalidad excluida y negada. Un fascismo eugenésico permea la desprotección y la desatención sobre miles de personas que mueren de hambre y enfermedades mal tratadas, que padecen desnutrición y abandono. En porciones importantes de África, Asia y América Latina, la intromisión del poder en la vida de los demás, adquiere el rostro de la indiferencia y la apatía por el destino de sus semejantes. Se incide negativamente en sus vidas, marcando más y más el desamparo, la marginalidad y la exclusión. Importa poco su destino, a no ser por la mala imagen que dan en los centros urbanos, porque son el espejo de la deshumanización y del poshumanismo tecnológico y porque de vez en cuando resulta conveniente vender la imagen del buen samaritano y de la filantropía empresarial que se ocupa de los demás. Los migrantes, los indocumentados, los que viajan sin papeles arriesgando la vida, exponiéndose a los riesgos de las travesías,

son una de las expresiones más claras de la condición humana negada, de la corporeidad mancillada y vejada. En los centros metropolitanos ya no encuentran cabida y salen expulsados de los lugares de origen, en donde tampoco les resulta fácil obtener la alimentación, el cobijo, la protección y el cuidado.

El biologismo y el organicismo fascista que subyace a la biopolítica explica todo por el sentido del cuerpo social y político. No adquiere las dimensiones tanatológicas del militarismo y del totalitarismo más crudos. Mantiene como quiera las dosis suficientes para justificar toda labor de limpieza y depuración. Las exclusiones y las discriminaciones por motivos raciales, étnicos, religiosos, ideológicos y políticos no admiten diversidad o variedad. Lo quieren todo similar, a imagen y semejanza de lo que el poder quiere y desea. Conciben que todo es asimilable. Es la voluntad del poder soberano sobre los cuerpos, esculpiendo y moldeando, manipulando y manejándole a su antojo. La ofensiva es contra los cuerpos y las almas. Lo corporal es más visible. Ahí nace el rechazo, el trato diferente, el racismo y el clasismo, la exclusión y la discriminación. Empieza por el color de la piel, el pelo o los ojos, por la estatura o la masa corporal, por la delgadez o la obesidad, por las capacidades diferentes, por el género o la apariencia física en general. Lo demás irrumpe por añadidura, por el tipo de ropa que se usa, por la forma de ser o de actuar, por los gestos y códigos del comportamiento social, llegando a los elementos diferenciadores con la marca del poder y el dinero, del privilegio y de la exclusión. Varios siglos de modernidad política ya sirven de muy poco al percatarnos como las sociedades occidentales siguen reproduciendo con métodos furtivos, la inequidad, el odio y la opresión entre los seres humanos. El cuerpo llagado por esta historia abrupta y compleja da testimonio de lo antes dicho. A través de los cuerpos, nacemos, vivimos y morimos, en ellos se siente la presencia de un poder omnipresente y totalitario, que nos devuelve de golpe a los años brutales de la antimodernidad y de la antidemocracia.

Conviene por eso reflexionar que tipo de cultura física promovemos, difundimos y generamos. Resulta inobjetable que la salud corporal es básica para cualquier actividad, desempeño y aún para la simple supervivencia de las personas. Un cuerpo débil o enfermo, no ayuda al buen desenvolvimiento de los individuos. Sin caer en los estereotipos simplistas acerca de la buena salud corporal, casi sobra resaltar que la condición elemental para una existencia enriquecedora radica en la salud y en las condiciones físicas óptimas del cuerpo humano. Los estereotipos y la *standarización* corporal resultan dañinos y confusos, porque imponen modelos homogeneizantes que no corresponden a las condiciones físicas idóneas de los individuos en particular. Los seres humanos aprenden a desarrollar fortalezas de sus debilidades, a sobreponerse a la adversidad y a enfrentar una discapacidad o una deficiencia física con nuevas potencialidades. La fuerza de voluntad está más allá de las limitaciones y las fronteras que fija la condición de lo corpóreo. Es por

eso que no resulta conveniente el establecimiento de los estereotipos corporales y menos aún basar la educación física en tales presupuestos. Los objetivos, alcances y las posibilidades de la educación física son además variables. No es lo mismo educar para una formación militar, para el combate y la guerra, que hacerlo por un gusto personal, narcisista e individualista. Nadie discute que cada quien está en su derecho de hacer con su cuerpo y su físico lo que le venga en gana. Lo que resulta bastante engañoso es presuponer que alguna elección individual es eso y que no forma parte de una biopolítica intervencionista que moldea nuestras voluntades y corporalidades. En dado caso, tendríamos que pensar si aún estamos a tiempo de darle a la cultura física su justa medida, humana, al servicio de la salud, el desarrollo y la formación integral de los ciudadanos, en un justo equilibrio con el resto de las actividades y dimensiones que nos constituyen como personas.

Bibliografía

- Agamben, G. (1998), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos.
- Aristóteles (1980), *La Política*, 14ª. Edición, Madrid, Espasa-Calpe, S. A.
- Bengtson, H. (2008), *Historia de Grecia*, Madrid, Gredos.
- Cavalletti, A. (2010), *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Ciccotti, E. (2005), *La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano. Apogeo y ocaso de un sistema atroz*, Barcelona, Círculo Latino.
- Debord, G. (1995), *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires, La Biblioteca de la Mirada.
- Deleuze, G. y Guattari F. (1985), *El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós.
- Esposito, R. (2006), *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Entwistle, J. (2002), *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*, Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. (1987), *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, 15ª. Edición, México, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2009), *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal.
- Hobbes, T. (1980), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, Fondo de Cultura Económica.
- La Boétie, E. (2007), *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*, 3ª. Edición, Madrid, Tecnos.
- Le Breton, D. (2002), *La Sociología del cuerpo*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Lipovetsky, G. (1993), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, 6ª. Edición, Barcelona, Anagrama.

- Marcuse, H. (1986), *Eros y civilización*, México, Origen/Planeta.
- Marramao, G. (1993), "Paradojas del universalismo" en *Revista Internacional de Filosofía política*, 1, pp. 7-20.
- Nancy, J. L. (2003), *Corpus*, Madrid, Arena Libros.
- Popper, K.R. (1997), *El cuerpo y la mente. Escritos inéditos acerca del conocimiento y el problema cuerpo-mente*, Barcelona, Paidós.
- Vasquez Rocca, A. (2008), "Las metáforas del cuerpo en la filosofía de Jean-Luc Nancy: nueva carne, cuerpo sin órganos y escatología de la enfermedad" en *Revista Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 18, pp. 323-333.